

El otro es el enemigo

Imaginarios sociales y polarización

*Mireya Lozada**

Sin detenerse a detallar la multicausalidad histórica de la profunda crisis que confronta Venezuela, la polarización social y la violencia política son los factores que más visiblemente han agudizado el conflicto socio-político durante los últimos tres años. Durante este periodo, las posturas opuestas y excluyentes de los sectores oficialistas y de oposición, expresadas tanto por los actores políticos como por sus seguidores, han puesto en evidencia la emergencia, utilización y explotación política de valores, creencias, símbolos y mitos del imaginario social. El artículo intenta aproximarse a la comprensión del conflicto desde una mirada psicosocial a estos imaginarios que reivindicán y resignifican una serie de mitos, creencias, representaciones de sí y el otro, de referentes militaristas, religiosos y revolucionarios que se expresan en distintos espacios sociales, públicos y privados, reales y virtuales, corporales y territoriales, y a través de discursos verbales e icónicos de gran fuerza movilizadora.

The other one is the enemy. Social imaginary and polarization. Without stopping to detail the historical multi-causality of the deep crisis facing Venezuela, social polarization and political violence are the factors that more visibly have worsened the socio-political conflict during the last three years. During this period, the opposing and excluding postures of official sectors and of opposition, expressed as well by the political actors as by their followers, have put in evidence the emergence, use and political exploitation of values, beliefs, symbols and social myths of the social imaginary. The article tries to approach the understanding of the conflict from a psychosocial approach to these imaginaries which revindicate and give another meaning to a series of myths, beliefs, representations of the self and the other; of military, religious and revolutionary referents expressed in different public and private social fields, in real and virtual, corporal and territorial boundaries, and through verbal and iconic speeches of great mobilization power.

* Docente/investigadora y directora de la Unidad de Psicología Política del Instituto de Psicología de la Universidad Central de Venezuela.

Polarización social y violencia política

DESPUÉS DE CASI DIEZ AÑOS de guerra civil en El Salvador, Ignacio Martín-Baró¹ caracterizaba psicológicamente el proceso de polarización social que vivía ese país, de la siguiente manera:

Estrechamiento del campo perceptivo (percepción desfavorable y estereotipada: “nosotros-ellos”).

Fuerte carga emocional (aceptación y rechazo sin matices).

Involucramiento personal (cualquier hecho afecta a la persona).

Quiebre del sentido común (posiciones rígidas e intolerantes suplantando la discusión, el diálogo o debate de posiciones diversas).

Cohesión y solidaridad al interior de cada grupo y conflicto latente o manifiesto entre grupos opuestos.

Familias, escuelas, iglesias, u otros espacios sociales de convivencia se ven obligadas a posicionarse en alguno de los polos.

Personas, grupos e instituciones sostienen las mismas actitudes de exclusión, rigidez o enfrentamiento presentes en la lucha política.

En Venezuela pueden observarse estos mismos signos de polarización, después de tres años de expresión visible de un conflicto socio-político, cuyas causas estructurales son de vieja data. Hemos visto cómo durante este periodo el discurso político de gobierno y oposición ha hecho uso de la violencia vía polarización maniquea. Se han multiplicado los estereotipos, las descalificaciones, la discriminación y la exclusión por medio de referencias a la condición de clase, etnia, raza u otras características grupales o partidistas. Esta polarización se ha extendido en distintos espacios de la vida cotidiana, donde distintas instituciones públicas y privadas (educativas, religiosas, policiales, militares, etcétera) y sectores sociales se han posicionado a favor y en contra de una de dos posiciones: gobierno y oposición, generando un agotador clima de tensión socio-emocional y distintas expresiones de violencia.

¹ Taller: “Polarización social en El Salvador”, realizado en Caracas en 1986, en el marco del Congreso Interamericano de Psicología. En noviembre de 1989, Ignacio Martín-Baró murió asesinado por los escuadrones de la muerte junto con otros cinco jesuitas, en la Universidad Centro Americana José Simeón Cañas, donde ejercía funciones de vicerrector.

La percepción estereotipada de grupos opuestos dificulta las posibilidades de dialogar, de llegar a acuerdos a partir del debate de ideas y propuestas de solución de asuntos de interés común. Las personas, los hechos y las cosas ya no se miden por lo que son en sí, sino en función de lo que representan a favor o en contra de la confrontación: nosotros-ellos. Desaparece así la base para la interacción cotidiana, ningún marco de referencia puede ser asumido como válido para todos, los valores dejan de tener significado colectivo y se pierde incluso la posibilidad de apelar al “sentido común”, pues se encuentran cuestionados los presupuestos mismos de la convivencia.

El impacto psicológico, personal y colectivo de esta polarización depende de una variabilidad de factores que van desde la ubicación geográfica de la población (capital, regiones), hasta variables de edad, sexo, estado de salud, cercanía o exposición con situaciones de violencia directa y problemas personales, familiares, comunitarios o institucionales existentes previamente.

Sin embargo, el *sufrimiento ético-político* (Sawaia, 1989), que deriva de esta confrontación entre bandos opuestos, exige una mirada psicosocial que trascienda la visión patologizante que considera a los afectados como víctimas de trastornos psicológicos y/o físicos, reconociendo el “trauma” en las características funcionales u orgánicas de cada individuo. Al centrarse en los estados internos y reducir los procesos psicosociales a síntomas individuales se niegan las realidades históricas, culturales y políticas y la naturaleza colectiva de la experiencia de violencia política. Esta mirada psicosocial exige entonces reconocer la fragmentación del tejido social producida por el conflicto, la cual compromete las posibilidades futuras de convivencia democrática en Venezuela.

La naturalización y legitimación de la violencia

La polarización social fractura el tejido social a la vez que favorece la naturalización y legitimación de la violencia. Ante una situación de conflicto socio-político prolongado como el que confronta Venezuela, la población sufre un proceso de cambios que trastoca su vida asumiendo como normal, natural o habitual, lo que no lo es. Ante la avalancha de sucesos de agresión, muerte y destrucción material o simbólica, se transforma en cotidiana la convivencia con la violencia y en este proceso de internalización se trastoca tanto la identidad del individuo como sus relaciones sociales.

En este proceso cada sector va encontrando, según la información que obtenga (prensa, rumores, etcétera) o su implicación en los acontecimientos, su propia concepción de lo que ocurre. Cada sector incrementa su hermetismo como colectivo, percibiendo a los grupos externos como posibles enemigos. El temor a ser atacado, a ser blanco de ataque, genera una angustia que transforma el actuar del grupo o la persona llevándolo a defenderse o atacar para “salvarse”, donde el lema explícito o implícito es: “el otro es el enemigo”. La polarización se evidencia cuando la postura de un grupo supone la referencia negativa a la postura del otro grupo, percibido como enemigo. Se trata de una compleja dinámica donde el acercamiento a uno de los polos, arrastra no sólo el alejamiento, sino el rechazo activo del otro (Martín y Páez, 2000).

Esto se ve agravado por la distorsión de atribución: a la otra parte se le atribuyen la peor de las intenciones y aquellas acciones desmedidas del propio bando se perciben invariablemente como respuestas a las amenazas o agresiones del contrario. En fin, se justifican las propias acciones violentas (p.e.: armarse o buscar instrumentos de defensa ante el posible ataque de grupos opuestos) como respuesta a la violencia que se anticipa, la que desencadena el miedo.

Se produce así la transformación de valores como solidaridad, justicia, esperanza, paz, verdad, confianza, dignidad, ética, por aquellos contrarios que se cree permiten alcanzar el equilibrio y mantener la persona a salvo.

Paradójicamente, se cree que la situación “más segura” es la de aquellos que se encuentran en el vértice de los dos polos. Sin embargo, son estas situaciones las que entrañan mayor peligro objetivo, las que llevan a asumir mayores riesgos en la confrontación [Baró, 1986:12].

En este contexto de amenazas y agresiones, de negación y rechazo del oponente, de expresiones masivas de descontento, aunado a la percepción de inutilidad de las formas de manifestación cívica y de creciente impunidad, se cierra el espectro de perspectivas políticas no violentas, aumenta la desconfianza en el sistema democrático y la desesperanza respecto de las vías pacíficas, generándose en consecuencia acciones que pretenden salidas violentas, no democráticas, ni pacíficas al conflicto, al margen del estado de derecho. Puede, entonces, llegar a legitimarse la violación de los derechos humanos, homicidios, torturas, juicios populares, pena de muerte, golpes de Estado. Es decir, se legitima el recurso a la

violencia como modo de poder y control social y la guerra puede llegar a convertirse en un fin en sí misma (Martín y Páez, 2000).

Referentes históricos e imaginarios sociales asociados a la polarización

Además de los factores de índole personal y grupal, de orden afectivo y subjetivo que marcan diferencias en la expresión de la confrontación en distintos sectores sociales, son las raíces socio-económicas y políticas de este conflicto, las que sirven de superficie de inscripción a esta aguda polarización política y social que sufre actualmente Venezuela.

Más allá de los dilemas del chavismo-anti-chavismo, diversos autores (Ellner y Kellinger, 2003; Medina y López, 2003; García-Guadilla, 2003), señalan entre las causas de esta polarización la profunda inequidad y exclusión social, de la cual dan cuenta no sólo las condiciones de pobreza, desempleo, violencia que sufren sectores mayoritarios de la población, sino también las consecuencias del agotamiento del modelo político tradicional y sus formas clientelares, autoritarias y corruptas del ejercicio del poder, la pérdida de credibilidad de las instituciones, el descrédito de los partidos tradicionales y el fin del modelo rentista petrolero.

Dos factores adicionales han contribuido a agudizar la polarización: la confrontación de dos modelos de país, de desarrollo, de sociedad que defienden los bandos en conflicto; y la violencia del discurso sostenido por los actores políticos de gobierno, oposición y por los medios de comunicación estatales y privados, tanto en espacios públicos reales como virtuales² (Lozada, 2004).

² El conflicto político que lucha por el poder y control social en las calles e instituciones públicas y privadas en Venezuela en los últimos tres años, libra también su batalla en el espacio virtual. En una multiplicidad de páginas de opinión política en la Red, se revela la desconfianza y el cuestionamiento a la legitimidad del Otro como interlocutor válido. En general, los internautas no operan en el ámbito de la argumentación o la retórica, la violencia discursiva en la red, está menos determinada por su coherencia racional que por la intensidad de la carga emocional que moviliza. Tal como afirma Mitchell (1996), la Red elimina la dimensión tradicional de la legibilidad cívica y libera del lazo moral. Así, amparados en el anonimato, adeptos u opositores multiplican los estereotipos y la discriminación y exclusión del Otro mediante insultos, uso de la sátira, ironía y descalificación desde referencias a clase social, etnia, raza u otras características grupales o partidistas, que hacen extensivas a allegados y familiares del opositor.

Otros análisis intentan ofrecer explicaciones a los niveles de polarización actual y una posible guerra civil en nuestro país, haciendo referencia a la memoria colectiva de violencia, que se repite a lo largo de la historia política venezolana. Pero si efectivamente la violencia política se ha expresado en distintos momentos de nuestra historia,³ más que reconocerla como suerte de sinonimia de aquella cultura de la violencia, enfoque fatalista y determinista que entiende la violencia como forma constitutiva de ciertos colectivos, interesa apuntar hacia una reconstrucción crítica de esta memoria histórica desde el punto de vista psicosocial; desde el análisis de ciertos referentes simbólicos, representaciones e imaginarios sociales⁴ que junto con los factores ya señalados, han contribuido a agudizar el conflicto político y los niveles de polarización actual.

[Toda sociedad] crea un conjunto ordenado de representaciones, un imaginario a través del cual se reproduce y que, en particular, designa al grupo para sí mismo, distribuye las identidades y los roles, expresa las necesidades colectivas y los fines a realizar [Colombo, 1993:99].

La vida social y con ella sus conflictos, se articulan a estos sistemas simbólicos. Si bien estos imaginarios sociales pueden favorecer la creación de consensos intra o inter-grupos, también pueden generar disensos, usos diferenciales en el discurso de grupos opuestos y rivalidades que contribuyen a la expresión de distintas formas de violencia real y simbólica.

La emergencia, utilización y explotación política de parte de los sectores en conflicto, de valores, creencias, símbolos y mitos del imaginario social ha sido una constante a lo largo del conflicto. El discurso público tanto de actores políticos de gobierno y oposición, como de sus seguidores, reivindican y resignifican una

³ Además de la violencia política del siglo XIX, tanto en los regímenes dictatoriales como en los sistemas democráticos del siglo XX, se reconocen fuertes expresiones de violencia política y social, la cual se manifestó, entre otros signos, en persecución, tortura y asesinato político (p.e. Leonardo Ruíz Pineda y Jorge Rodríguez), masacres políticas (El Amparo, Cantaura, Yumare); lucha armada (años sesenta y setenta), protestas callejeras (Viernes Negro, Caracazo); además de los distintos signos de violencia social extendidos que se han ido incrementando a lo largo de este periodo.

⁴ Siguiendo los argumentos expuestos en la presentación, imaginario social comprende, en el sentido más general, a todo el mundo de representaciones, creencias, ideas, mitos, imágenes, ideologías construidas socialmente (por el sujeto individual y colectivo), referidas a objetos reales o simbólicos que caracterizan una sociedad o cultura determinada.

serie de representaciones e imaginarios sociales de sí y el otro, de referentes simbólicos militaristas, religiosos y revolucionarios que movilizan un juego de identificaciones y oposiciones, de pasiones y deseos, de encuentro y desencuentro a nivel intra e intergrupales. La emergencia de estos imaginarios latentes en un momento histórico como el presente, se expresan en una multiplicidad de espacios sociales, públicos y privados, reales y virtuales, corporales y territoriales, y a través de discursos verbales e icónicos de gran fuerza simbólica.

Representación de sí y el otro

Durante el conflicto se han expresado e incrementado los estereotipos, las descalificaciones, la discriminación y la exclusión del Otro a través de referencias a la condición de clase, etnia, raza, sexo u otras características individuales, grupales o partidistas. Términos como: *hordas, chusma, turbas, monos, indios, escuálidos, círculos infernales, escuacas, sifrinos, oligarcas, opusgay, cúpulas podridas, talibanes, golpistas, afligidos, ignorantes, mercenarios*, etcétera, dan cuenta del nivel de violencia verbal, física y simbólica pero también de expresiones racistas, sexistas, clasistas que se han hecho visibles en algunos sectores de la población venezolana durante este periodo.

Se evidencia en estas representaciones de sí mismo y del otro, residuos de los mitos de la conquista y expansión española; los significados y características asociadas a las poblaciones indias, esclavas y negras capturadas y vendidas en las Antillas que luego transfirieron sus procesos de trabajo al esquema productivo de la sociedad clasista emergente en el periodo post colonial. La diferenciación de la población entre negros, mestizos, indios, zambos y blancos de la Colonia son los antecedentes de la categorización entre monos y escuálidos actuales.

En estos imaginarios de los grupos sociales en conflicto subyace una elaboración ideológica del conflicto y profundas diferencias socio-económicas y culturales de una sociedad dividida en clases, las cuales han sido mantenidas y reforzadas por una desigual distribución de la riqueza, por formas de gobierno clientelares y populistas, por un modelo rentista petrolero que ha definido determinados modos de vida y patrones de comportamiento asociados al consumo, a la corrupción y al manejo de influencias en la vida pública.

Así, se evidencia el fin de la *ilusión de armonía* (Naím y Piñango, 1984) sostenido por el discurso público y la democracia representativa durante décadas. La idea de desarrollo, modernidad, igualdad, justicia y equidad han develado su inconsistencia en una sociedad marcada por la marginalidad, la exclusión, la injusticia, la desigualdad, la impunidad y la dependencia de centros de poder económico y político foráneos (Lozada, 2001).

La polarización ha revelado una marcada distancia social, una percepción estereotipada de los grupos, una diferenciación que subraya diferencias de clase, género, raza, ideologías, pero también las características que en el plano subjetivo y afectivo toma la exclusión, y las formas sutiles o grotescas de discriminación, racismo, sexismo, clasismo entre grupos que permiten justificar y legitimar formas también sutiles o grotescas de violencia.

Los imaginarios sociales, que en otros momentos históricos se han traducido en signos visibles (Caracazo, p.e.), juegan un importante rol en el actual conflicto, generando profundas divisiones inter o intra grupos, creando ciertos consensos al interior del propio grupo, pero demarcando las diferencias y agudizando la polarización entre bandos. En este proceso, las posturas ante un determinado problema tienden a reducirse cada vez a dos esquemas opuestos y excluyentes.

Al polarizarse, la persona se identifica con un grupo y asume su forma de captar un problema, lo que lo lleva a rechazar conceptual, afectiva y comportamentalmente la postura opuesta y a las personas que la sostienen. Desde el punto de vista cognoscitivo, la persona polarizada reduce su percepción acerca del grupo rival a estereotipos, a categorías simplistas y rígidas, que contienen una mínima identificación grupal y una fuerte caracterización negativa de orden moral [Martín-Baró, 1983:130].

Asimismo, los imaginarios asociados al propio grupo y al otro opuesto políticamente, aparecen asociados a la historia política de Venezuela, Latinoamérica y el mundo. Encontramos representaciones antagónicas de Venezuela, del conflicto, sus causas y salidas, del modelo de desarrollo, de la política y sus actores, de la democracia, de dos sectores de la población (sociedad civil y pueblo), de lo local y nacional, de lo transnacional y lo global.

Las referencias a Latinoamérica, a su autodeterminación, a la política imperial norteamericana, a los determinantes geo-políticos, a las luchas del

poder actuales, definen, conducen y refuerzan una práctica discursiva que evoca diferentes símbolos, quimeras e ilusiones en los grupos confrontados exaltando o sobredimensionando las virtudes del modelo político norteamericano o europeo, o la autodeterminación e integración latinoamericana.

Sin embargo, desde esta lógica maniquea se mantiene el interés en torno a Venezuela y su sistema democrático, aun cuando se revelen distintas representaciones de democracia, aquella ideal a defender, o la sospechosa, a reconstruir, porque no ha sido o ha sido siempre otra cosa: corrupción, clientelismo, exclusión. Acorde con la dinámica de confrontación, los demócratas y dictadores no son más que condiciones intercambiables según se elija bando. Se observa también una marcada negación a asumir la cuota de responsabilidad ciudadana que corresponde a cada sector tanto en la escalada de la crisis, como en sus causas.

Imaginario militarista

Encontramos referencias en el discurso oficial a mitos fundacionales que reivindican el pasado guerrero y valiente de nuestros libertadores. Ello se evidencia tanto en un pasado fantasmal y decimonónico, que reivindica héroes como Simón Bolívar, Ezequiel Zamora, Antonio José de Sucre y las guerras independentistas, como en la expresión actual de esas herencias políticas caudillistas y militaristas en los principales actores que han ocupado la escena política venezolana de los últimos tres años. Los discursos y estrategias de acción utilizadas por distintos sectores pro y contra gobierno subrayan significados asociados a conquista, batalla, guerras y/o a la visión mítica, heroica, libertadora. La presencia del teniente coronel Hugo Chávez en la Presidencia de la República, el alto número de militares en funciones de gobierno, como la participación activa de las Fuerzas Armadas Nacionales en el marco del conflicto, han contribuido de igual manera a reforzar este imaginario militarista, donde la democracia está permanentemente acechada por la posibilidad de un régimen de fuerza y la emergencia de un militar que actualice los mitos ancestrales de los héroes de la independencia, o de militares que han gobernado el país: Gómez, López Contreras, Medina Angarita y Pérez Jiménez.

También se han formulado a lo largo de los últimos tres años, diversos llamados a golpes de Estado⁵ por parte de algunos grupos de oposición al sector militar, mientras que ciertos grupos de la sociedad civil reconocen en ellos la posibilidad de una suerte de solución inocua, transitoria y correctiva, hasta crear las condiciones de una “verdadera” democracia donde se recupere el “orden” e hilo constitucional.⁶ Tal como señala Colombo:

[...] la rivalidad social puede expresarse a través de la manipulación de los mitos e incluso, como señala Leach, conducir así a la disgregación del grupo; pero la unidad del mito y la inmanencia del sentido que éste opera, favorecen tanto como es posible la repetición y el mantenimiento del consenso [1999:06].⁷

⁵ Se incluye el Golpe de Estado del 12 de abril de 2002. Ante las estratégicas retóricas y jurídicas que califican de “vacío de poder” o “rebelión militar” los eventos ocurridos en Venezuela en el periodo comprendido entre el 12 y 13 de abril, suscribo la posición de Provea (Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos, 14 de agosto de 2002), que expone los siguientes argumentos para sostener que se trató de un golpe de Estado: “a) el presidente fue presionado por sectores militares (es decir, por quienes administran el monopolio de la violencia estatal); b) pese a que el comandante general Lucas Rincón notificó que el presidente había renunciado, nunca se mostró su renuncia firmada y, por el contrario, altos funcionarios públicos denunciaron que no lo había hecho; c) en el caso (no probado) de que hubiera renunciado (hecho que, por haber ocurrido bajo coacción era ilegítimo), constitucionalmente le correspondía al vicepresidente sustituirlo; d) el presidente fue detenido e incomunicado, ilegal y arbitrariamente, por funcionarios militares sin que se hubiera realizado el procedimiento político y judicial establecido en la Constitución; e) el decreto mediante el cual se autoproclamó presidente de la República el empresario Pedro Carmona Estanga, derogaba, además, la Constitución y los nombramientos de funcionarios electos por votación popular y los Poderes Ciudadano y Judicial; f) se produjeron acciones represivas contra funcionarios y simpatizantes del oficialismo, así como contra instituciones oficiales”.

⁶ “La sociedad civil saluda el renacimiento de la República de Venezuela”. Aviso de prensa firmado por destacados representantes de la sociedad civil venezolana, saludando el golpe de Estado del 12 de abril de 2002 (*El Nacional*, D-5, 13-4-2002). “Referéndum, revocatorio presidencial o dictadura constitucional”. Aviso de prensa llamando a la insurrección e irrespeto de la Constitución, publicada por el Bloque democrático (*El Nacional*, A-6, 13-2-2004).

⁷ “El mito guarda ciertamente la más estrecha correspondencia con todas las articulaciones sociales y todas las prácticas: desde este punto de vista, la experiencia mítica no debe confundirse con la experiencia religiosa, ni con la experiencia ideológica; pero el mito no es sólo ese calco signifiante, inmanente a toda práctica. Constituye también una estructura simbólica eficiente, que asume funciones permanentes de atestación, legitimación y regulación, necesarias para el mantenimiento y la reproducción social” (Colombo, 1999:100).

Imagarios religiosos

La Iglesia ha sido una aliada permanente del Estado, los partidos y las instituciones públicas en Venezuela. El contexto del conflicto ha resituado estas alianzas y posicionado a sus representantes en uno u otro bando. Dios y el Demonio, la lucha entre el bien y el mal, entre lo sagrado y lo profano han ocupado también un importante lugar en el imaginario social en este tiempo. Ejemplos de ello son las cadenas nacionales de rezos pro o contra Chávez, los Altares en Plaza Altamira y Puente Llaguno de Caracas, con figuras del santoral cristiano u otras religiones, junto con deidades africanas; la procesión de vírgenes en marchas públicas y recorridos en distintas parroquias, las referencias a imágenes de vírgenes que destilan aceite o lloran sangre,⁸ la bendición con agua bendita desde un camión cisterna, a miles de manifestantes en una marcha en una autopista capitalina. Estas expresiones dan cuenta también de una lógica espacial y territorial de la polarización que divide los espacios de las ciudades, regiones y Estados en territorios chavistas o anti-chavistas.⁹

Las imágenes y representaciones religiosas han sido usadas como arma política por ambos sectores, mientras que la polarización ocupa también la institución religiosa y sus templos, a cuya defensa o ataque recurren civiles y militares, laicos y religiosos.¹⁰

⁸ Mucho centimetrage en la prensa refiere a este tipo de apariciones de vírgenes. Véase p.e: "Imagen de la virgen que llora sangre". *El Nacional*, B-16.

⁹ Autores como López Maya (2003) subrayan las consecuencias sociales y políticas de esta territorialización de la polarización.

¹⁰ "Los ataques representan una acción cobarde de quienes no son capaces de enfrentar al contrario con ideas y argumentos, pero también es una señal clara que envían, conociendo nuestra mayoritaria preferencia religiosa, de lo que están dispuestos a hacer, para imponer su revolución. Una vez más un régimen totalitario utiliza lo religioso para enviar un mensaje político" (Enrique Medina Gómez: general de División [Ejército], Política y Religión, *El Universal*, 17 de febrero de 2003). "Con un escapulario de la Virgen del Socorro en la mano, el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, reiteró su fe católica y desmintió que sienta temor por la Virgen como dicen, según aseguró, sus opositores, a los que volvió a calificar de 'locos'. 'Hay una tesis peregrina de que yo le temo a la Virgen, que me paraliza si veo una Virgen, es cosa de locos, de psiquiátrico', dijo Chávez, quien afirmó tener pruebas de que la oposición realizó marchas con 'rutas' de la Virgen, a sugerencia de 'planificadores locos'". "Sin miedo a la virgen", *El Universal*, 14 de diciembre de 2003. "Esta actividad no tiene tinte político, hacemos un llamado a todos los católicos, sin distinción de posición política, para que se unan a través de la oración para combatir el

El incendio de iglesias, la acción contra imágenes religiosas en Caracas e interior del país, el discurso público parcializado de altos representantes de la institución religiosa, en especial de la alta jerarquía de la Iglesia Católica, y las arengas de uno u otro sector en los púlpitos de las iglesias son expresión de la confrontación de los sectores sociales en torno a elementos religiosos de alto valor simbólico, los cuales desempeñan habitualmente un importante papel en la cohesión y convivencia social.

La figura mítica de la escultura de María Lionza, ubicada en medio de una céntrica autopista de la capital, tampoco ha estado al margen del conflicto. Atrapada en la lucha de intereses políticos entre instituciones estatales y privadas, se argumenta y contra-argumenta su necesidad de restauración y reubicación en distintos lugares de la ciudad. El sincretismo religioso, la corte del poder criollo, mezcla de razas, fuerza de independencia y libertad que ella simboliza alimenta miedos y deseos colectivos, retaliaciones y castigos, así como divisiones entre sus creyentes.

En este contexto se observa la utilización de los instrumentos de la astrología, tarot y otras referencias espirituales y místicas para predecir el avenir y la suerte del presidente de la República y otras figuras públicas de oposición o gobierno. Son igualmente frecuentes las visitas y predicciones de astrólogos y babalaos, y se han multiplicado las lecturas que desde referentes de la astronomía ubican el conflicto en una dimensión cósmica que señala transformaciones fundamentales para Venezuela y su rol geopolítico y espiritual a nivel mundial.

Más allá de evaluar la degeneración de estas dos áreas de la vida social, la práctica de la religión como política y de la política como religión, de la cual hablaba Miguel de Unamuno, su articulación o desencuentro en situaciones

mal', manifestó Nancy Fariás de Espina, miembro de Unidos por María. "Levantaron una oración de purificación de la Plaza de Altamira", *El Universal*, 14 de diciembre de 2003. "Lo que sucedió en Plaza Altamira el día de la marcha no fue un acto de provocación ni de irrespeto a la religión. Sólo alguien como Porras, obseso con Chávez y vocero sistemático de la oposición más recalcitrante, sin consideración alguna por su alta investidura y por el respeto que debe a la verdad, sin recabar información, utiliza el tema religioso con la misma vehemencia que empleó —por ejemplo— la jerarquía católica española para estimular la cruzada franquista que provocó un baño de sangre con la acción del 'Caudillo de España por la gracia de Dios'". "Rangel: Monseñor Porras manipula argumento religioso", *El Nacional*, 8 de diciembre de 2003.

de conflicto, no hace sino destacar la dimensión ética que subyace a ambas, y el rol que juegan en la configuración y mantenimiento de la confrontación. El sistema de creencias, valores y visión de la realidad que ellas generan, parecen escapar en este contexto a principios de crítica y discernimiento.

La religión, como las ideologías, es parte fundamental del imaginario social y expresa la intensidad de los conflictos sociales. En tanto dogma, imagen del poder divino o humano y las condiciones de su ejercicio, está en juego el sentido y las significaciones asociadas que encauzan las representaciones sociales, en torno a los fines y acciones comunes, colectivamente legitimadas.

Imaginarios revolucionarios

En el marco del proceso encabezado por el presidente Chávez, llamado *Revolución Bolivariana*, se han activado los imaginarios asociados a la revolución como utopía movilizadora de cambio social estructural que en América Latina tuvo expresión en Cuba, Nicaragua, El Salvador y sigue expresándose de distintas maneras en México u otros países. La recreación de estos imaginarios se acompaña igualmente, de la reivindicación de la gesta emprendida por héroes como Bolívar, Martí, Sandino, San Martín, Zapata.

La función de la utopía de violentar el orden existente (Mannheim, 1958), encuentra en el imaginario de la acción transformadora revolucionaria, sus contenidos de imágenes, símbolos y valores.

Los sueños sociales, individuales y colectivos toman consistencia en y gracias a las utopías; se organizan en conjuntos coherentes de ideas-imágenes de una sociedad-otra, en oposición y ruptura con el orden dominante [Baczko, 1978:404].

Sin detenernos a profundizar el análisis de la propuesta revolucionaria bolivariana, su cercanía o distancia con modelos autoritarios, clientelares, populistas y corruptos de la historia política venezolana, importa reconocer el carácter simbólico que juega dicho proyecto en el colectivo que la defiende, como deseo, pasión y sueño utópico, y como ruptura de la institucionalidad política existente en su proyección espacial y temporal.

Paralelamente a los referentes simbólicos revolucionarios que saludan la “revolución bonita”, también se han activado en el sector de la población que no comparte la propuesta gubernamental, los miedos y fantasmas que activa el comunismo y su carga de significados, sean estos asociados a la historia de la lucha armada en Venezuela de los años sesenta, a la historia de los países del llamado socialismo real o la vivencia cubana. Este rechazo se ha incrementado por los vínculos del presidente Chávez con Fidel Castro, los acuerdos entre ambos gobiernos y la presencia de ciudadanos cubanos en distintas misiones en Venezuela.

Así, la imaginación simbólica se sitúa en el campo de fuerzas en que se organiza el sistema social, reconociéndose gobierno y oposición en lugares antagónicos que se niegan y desconocen mutuamente, provocándose una ruptura de la integración y el consenso de la realidad sociopolítica que supone un sistema establecido.

La presencia de fisuras en la estructura de sentido y el intercambio de significaciones que hacen posible la vida social, conlleva la confrontación antes que la acción común, imponiéndose la violencia simbólica de las ideologías.

Si bien existen grados diversos de pasionalización, la dicotomización afectiva que atraviesa a toda ideología resulta irreductible: la legitimación es, a un tiempo, llamado al afecto, a la confianza, a la admiración, a la identificación; la invalidación es, simultáneamente, llamado a la desconfianza, al desprecio, al odio. Toda la energía de las pasiones puede trasladarse al conflicto ideológico y comunicarle la violencia más extrema [Colombo, 1993:108].

La democracia y sus resignificaciones

Hemos visto el rol de los imaginarios sociales en la significación y resignificación de la construcción socio-histórica. Las vicisitudes de la historia política reciente en Venezuela, su complejidad y dinamismo, la multiplicidad de espacios, discursos y prácticas individuales y colectivas a las que refiere, conjuga elementos simbólicos, afectivos, estéticos, corpóreos, espaciales que dan cuenta de elementos fundantes que remiten a la colonización, a guerras

independentistas, a dictaduras, revoluciones, democracias y transiciones políticas nacionales y extranjeras del siglo XIX y XX.

La comprensión geopolítica y económica de la crisis que confronta Venezuela, exige reconocer la fuerza simbólica de representaciones e imaginarios sociales que agudizan la polarización política y social que la caracteriza.

El fenómeno de la polarización parece indicar que hay factores objetivos y subjetivos que impulsan hacia posturas extremas de uno y otro signo, pero también muestra las posibilidades de rescatar los elementos simbólicos e imaginarios sociales para alcanzar consensos entre los grupos confrontados con el objeto de buscar salidas pacíficas y democráticas al conflicto.

La convivencia democrática supone un juego de significaciones y la construcción de un orden simbólico que da sentido y dirección a la vida en común. ¿Cómo construir entonces un imaginario democrático inclusivo que reivindique el respeto por la diversidad, la justicia, la dignidad, los derechos humanos y el reconocimiento del otro, en una sociedad polarizada y fragmentada social y políticamente como la Venezuela de hoy? ¿Qué referencias simbólicas pueden guiar la idea de consenso, reconciliación y unidad que apele al diálogo, al debate de problemas nacionales, en cuenta de la profunda crisis institucional, de representación, de liderazgo alternativo que confronta al país?

Si bien el conflicto ha funcionado en algunos sectores sociales como catalizador de la toma de conciencia y de la acción y participación política y ha contribuido a reforzar la identidad grupal en torno a objetivos comunes, aún queda un largo y arduo trabajo que, a la par de los procesos políticos tendientes al fortalecimiento de las instituciones, permita mitigar el impacto psicosocial de la polarización y la violencia política e impulse procesos de despolarización y desmilitarización que permitan reconstruir las relaciones sociales fracturadas por el conflicto y evitar que la violencia que caracteriza la confrontación política actual, la cual funciona como rentable estrategia de poder y control social para ciertos grupos, continúe socavando las bases de la convivencia democrática en Venezuela.

Cuatro factores son centrales en este proceso de reconstrucción del tejido social: la despolarización social, la lucha contra la impunidad, la reparación social y la construcción de ciudadanía y cultura de la paz.

La búsqueda de una solución política requiere, entre otras cosas, eliminar los estereotipos rivales que alimentan la polarización. El papel de los medios de comunicación es vital en este proceso. Desde una visión auto-crítica que reconozca el papel de actores políticos desempeñado en el conflicto y su incidencia en la agudización de la polarización social y su sobre-representación mediática, debe evitarse el uso de estereotipos en la transmisión de imágenes de los grupos en conflicto; la personalización y la puesta en escena de episodios extremos; la difusión de mensajes que contribuyen a exaltar el miedo, el odio, la rabia y la violencia; la retórica de la impotencia y victimismo que alimenta las reacciones de venganza; la utilización con fines comerciales y políticos del sufrimiento de la población o de las víctimas y sus familiares (Martín y Páez, 2000).

Se trata de educar en y para la ciudadanía, apoyándonos tanto en la reconstrucción crítica de nuestra memoria histórica, en la sistematización de los saberes sociales y multiplicidad de experiencias ciudadanas vividas en este periodo, como en los procesos simbólicos implicados en la construcción imaginaria de lo real.

Se trata de proponer y desarrollar programas de educación ciudadana, que nos permitan construir un país donde se produzcan cambios sociales, económicos y políticos basados en los principios de inclusión, justicia, equidad y paz; que nos permitan recuperar la confianza en las instituciones democráticas y ahuyentar las amenazas del autoritarismo y su expresión en líderes mesiánicos, sean éstos militares o civiles.

Muchas de estas iniciativas y propuestas requieren obviamente de tiempo y escenarios propicios que permitan la distensión y el fin de la polarización. Sin embargo, es necesario favorecer la construcción de estos espacios por medio de iniciativas que faciliten algunas claves en la interacción, consenso y diálogo entre grupos que defienden posiciones contrarias.

Para ello, obviamente se requiere tomar en cuenta el importante rol que juegan en la construcción y cambio de las representaciones y prácticas cotidianas de los actores políticos locales y globales, las mediaciones tecnológicas que redefinen las nociones de lo público y lo privado, generan nuevas formas identitarias, provocan cambios en la discursividad y novedosas modalidades de sociabilidad y comunicación.

Sin embargo, la transformación de las representaciones e imaginarios no se reduce a las mediaciones tecnológicas. Numerosos procesos intervienen, influyen, configuran, orientan y transforman las representaciones sociales. Algunas de estas claves encuentran lugar en la reivindicación y resignificación de imaginarios sociales que nos unen como pueblo, como sociedad, como país. Aquellos referidos a nuestra historia, nuestras costumbres, nuestros modos de ser y nuestros modos de convivir.

Aun cuando vivimos tiempos donde en ocasiones no se ve muy claro el camino hacia adelante y no se puede volver hacia atrás, son también tiempos de paciencia y coraje, de lucha contra la retórica de la guerra o del victimismo, son también tiempos de cambio, de crecimiento personal y colectivo como ciudadanos, como país. Tiempos de asumir el desafío histórico de la política entendida como vivencia cotidiana, tiempos para recrear y significar el imaginario nosotros, con sentido y norte de futuro común.

Bibliografía

- Baczko, Bronislaw (1973), *Lumières de l'utopie*, Payot, París.
- Colombo, Eduardo (1993), *El imaginario social*, Nordan-Comunidad, Montevideo.
- Ellner, Steve y Hellinger, Daniel (eds.) (2003), *La política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización y conflicto*, Nueva Sociedad, Caracas.
- García-Guadilla, María Pilar (2003), "Politization and Polarization of Venezuelan Civil Society: Facing Democracy with two Faces", International Congress of the Latin American Studies Association, Dallas, Texas, 27 y 29 de marzo, 2003.
- López Maya, Margarita (2003), "Las insurrecciones de la oposición en el 2002 en Venezuela: causas e implicaciones", XXIV Congreso Lasa, Dallas, Texas.
- Lozada, Mireya (2001), *Venezuela: psicopolítica de una ilusión*, Memoria, 149-154.
- (2004), "El ciberciudadano: representaciones, redes y resistencias en Venezuela y América Latina", en D. Mato (coord.), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*, Faces-UCV/Fundación Rockefeller (en prensa).
- Mannheim, Karl (1958), *Ideología y utopía*, Aguilar, Madrid.
- Martín Beristain Carlos y Páez Rovira, Darío (2000), *Violencia, apoyo a las víctimas y reconstrucción social. Experiencias internacionales y el desafío vasco*, Fundamentos, Madrid.
- Martín-Baró, Ignacio (1983), *Polarización social en El Salvador*, Estudios Centro-americanos, ECA, pp. 129-143.

- (1986), “Conflicto y polarización social”, XX Congreso Interamericano de Psicología, Caracas.
- Medina, Medófilo y López Maya, Margarita (2003), *Venezuela: confrontación social y polarización política*, Ediciones Aurora, Bogotá.
- Mitchell, William (1996), “City of bits” [en red], Massachusetts Institute of Technology, disponible en http://mitpress2.mit.edu/e-books/City_of_Bits/contents.html.
- Naím, Moisés y Ramón Piñango (1984), “El caso Venezuela: una ilusión de armonía”, en *El caso de Venezuela: una ilusión de armonía*, Ediciones IESA, Caracas.
- Sawaia, Bader (1998), “Afectividad y temporalidad en el cuerpo teórico-metodológico de la psicología social”, Revista *Avepsa*, vol. XX, núm. 1.